



SOBRE LAS DUALIDADES INTELLECTUALES SUPERIORES¹

SALVADOR PIÁ TARAZONA

About Superior Intellectual Dualities.- This paper tries to clarify in general terms Polo's explanation regarding the intellectual dualities of the superior level: the habit of first principles; the habit of wisdom; and the personal intellect. To facilitate this task, it is useful to compare the ideas Polo develops in his *Curso de teoría del conocimiento* and in the *Antropología trascendental*.

1. Introducción

A lo largo de los cinco volúmenes del *Curso de teoría del conocimiento* es fácil de comprobar cómo Leonardo Polo va estableciendo una correspondencia recíproca entre distintos actos cognoscitivos y sus temas respectivos. En mi opinión, esta *reciprocidad cognoscitiva* es una de las claves interpretativas para entender ajustadamente la teoría del conocimiento de Polo. Considero que una de las formas más claras en que Polo enuncia dicha tesis es la siguiente: «un conocer que no conozca nada no es posible»; «un conocido que no sea conocido en íntima conexión con un acto de conocer, tampoco es posible»². Nótese, según se termina de mostrar, que la correspondencia metódico-temática es estricta: los actos cognoscitivos equivalen al *método* o modo de acceso a los diversos temas, mientras que cada *tema* deber ser abordado desde su adecuado acto intelectual.

Por otra parte, desde esta observación se comprende que cuando no se respeta la citada correspondencia cognoscitiva se produzcan desajustes teóricos y se incurra en errores filosóficos. Para evitar estos desajustes en el

1. Una primera versión de este trabajo fue presentada el 23 de febrero de 1998 en un Seminario del Grupo de Investigación sobre el Idealismo Alemán de la Universidad de Málaga. Agradezco las sugerencias recibidas de IGNACIO FALGUERAS, JUAN A. GARCÍA y ÁNGEL LUIS GONZÁLEZ para mejorar este escrito.

2. *Curso de teoría*, I, 2ª ed., 32.

conocimiento humano y mantener la reciprocidad entre el acto intelectual y el tema, Polo propone un nuevo método, que denomina *el abandono del límite mental*³. Es de destacar que, ya según su primera formulación en 1964, Polo establece una correspondencia mutua entre los cuatro grandes temas de la filosofía y sus métodos o actos cognoscitivos respectivos⁴. Desde esta sencilla consideración, y con un cierto conocimiento de la filosofía de Polo, estimo de interés preguntarse ahora si en su propuesta filosófica la primacía corre a cargo del método o del tema, es decir, ¿Polo elabora su planteamiento filosófico desde una prioridad metódica o temática?

Para empezar a responder a esta pregunta considero oportuno atender, en primer lugar, a la estructura y al contenido desarrollados en *El acceso al ser* y en el *Curso de teoría del conocimiento*. A mi modo de ver, resulta manifiesto que Polo otorga en las citadas obras el papel decisivo al método: es justamente el *ejercicio* del acto cognoscitivo apropiado —el método— el que permite el acceso correcto a la temática. De tal suerte que un error metódico conlleva de suyo un error temático⁵. Por ese motivo, en los mencionados escritos, Polo lleva a cabo un estudio pormenorizado de los distintos actos intelectuales en correlación con los temas que ellos abren. En mi opinión, esta primacía metódica es clara, más aún, sostengo que sólo desde *el abandono del límite mental* es posible entender en su profundidad la propuesta filosófica de Leonardo Polo.

Con todo, a la luz de la *Antropología trascendental*, la correspondencia entre el acto cognoscitivo y su tema respectivo es entendida por Polo de

-
3. Como es sabido, POLO dedica casi íntegramente *El acceso al ser* y el *Curso de teoría del conocimiento*, II, a explicar el alcance de su propuesta metódica. No discutiré en este lugar el valor metódico del abandono del límite mental, pues la intención de este artículo consiste, en último término, en realizar una serie de observaciones que ayuden a la dilucidación del hábito de los primeros principios, del hábito de sabiduría y del intelecto personal humano.
 4. El primer texto donde POLO expone conjuntamente las cuatro dimensiones del abandono del límite mental es el siguiente: “¿qué se entiende, en concreto, por abandonar el límite del pensamiento? Estas cuatro cosas: 1) Despejar, apartar, el haber, para abrirse fuera. El tema accesible entonces es la *existencia extramental*. 2) Eliminar el haber de aquello que el haber nos da, para realizar plenamente la devolución. Este tema es la *esencia extramental*. 3) Dejar estar el haber, para superarlo y alcanzar ‘lo que es-además’. Se trata ahora de la *existencia humana*. 4) Eliminar la reduplicación del haber, para llegar a su intrínseco carácter de *no-sí-mismo*. Es el tema de la *esencia humana* [...]. El tema de Dios, atracción y acicate decisivo del saber, se abordará en todos ellos” (*El acceso*, 383).
 5. Gran parte de los errores de la historia de la filosofía se deben al intento de pensar temas con actos cognoscitivos inapropiados. En este sentido señala POLO: “el error consistirá en no atenerse a los axiomas, en tratar de conocer conculcando los axiomas” (*Curso de teoría*, I, 15).

modo más profundo y ajustado en términos de *dualidad metódico-temática*⁶. La tesis cognoscitiva clave que se establece ahora en esta obra es la siguiente: *la intelección humana es dual*. Ahora bien, la justificación de esta observación es aún más profunda: para Polo, las *dualidades* son características del orden humano entero, y no sólo del cognoscitivo, hasta el punto de llegar a afirmar lo siguiente: «el hombre es *intrínsecamente dual*»⁷. Esto significa, por un lado, que el acto de ser humano equivale a *co-ser*, a *co-existir*⁸, y por otro, que la esencia humana es dual y está formada por distintas dualidades. Por consiguiente, atendiendo a lo que se termina de señalar, considero que el descubrimiento de las *dualidades humanas* es una de las principales aportaciones de Polo a la antropología.

Pero centrémonos en el tema que nos ocupa: el estudio de la índole *dual* del conocimiento humano introduce un rasgo de vital importancia para establecer adecuadamente la correspondencia metódico-temática, a saber: las dualidades se caracterizan porque uno de sus dos miembros es siempre superior al otro, o mejor expresado, «la *jerarquía* es inherente a cualquier dualidad»; y con palabras de Polo, “es propio de las dualidades humanas un sentido ascendente o jerárquico”⁹.

La mencionada jerarquía comporta que el miembro superior de la dualidad no quede determinado, es decir, que no se ‘agote’ en su dualidad con el miembro inferior, sino que siempre ‘sobre’ respecto de éste, y precisamente por eso puede abrirse a una dualidad con un miembro todavía superior, siendo entonces él el miembro inferior. En consecuencia, y atendiendo al criterio de jerarquía de las dualidades humanas, el estudio de cualquier dimensión humana siempre debe hacerse desde dos dualidades: desde la dualidad en que es el miembro superior y desde la dualidad en que es el miembro inferior. Por ese motivo, se rechaza un estudio unívoco o unilateral de cualquier dimensión humana, ya que “de acuerdo con la jerarquía de las dualidades no cabe descenso sin ascenso”¹⁰.

6. Sobre las dualidades humanas *vid. Antropología*, I, 164-189.

7. Cfr. *Antropología*, I, 124. El siguiente texto de POLO es explícito al respecto: “para el hombre, ser segundo es intrínseco [...] el ser humano es ser segundo, ante todo, respecto de sí; y no sólo respecto de los actos de ser extramentales” (*Antropología*, I, 142, nota 144).

8. Cfr. *Ibid.*, 141-142.

9. *Ibid.*, 167.

10. *Ibid.*, 185. Por el contrario, si los dos miembros de una dualidad se estudian individualmente, es decir, aislados en sí mismos, se establece una *oposición*, o lo que es igual, un dualismo. El dualismo se construye y cimenta sobre la noción de diferencia entre opuestos. Ahora bien, toda oposición, al establecerse entre objetos pensados, es de índole mental, ya que en la realidad no existe la negación ni, por tanto, la oposición. Así pues, para

2. Esbozo de las dualidades cognoscitivas esenciales

Después de perfilar el marco general de las dualidades humanas, me centraré ahora en las dualidades cognoscitivas inferiores para afrontar mejor el tema que nos ocupa. La primera dualidad intelectual es la formada por la *commensuración* del objeto intencional con la operación cognoscitiva, y en concreto, con la operación de abstraer¹¹. El objeto intencional es tema en la medida en que es *lo destacado* por la operación —esa es su dimensión metódica—, y por tanto, es el miembro inferior de esta dualidad¹². Sin embargo, la operación cognoscitiva no se ‘agota’ en su dualidad con el objeto pensado, o mejor expresado, en la *commensuración* solamente se ejerce la índole *metódica* del acto cognoscitivo operativo; por eso se puede afirmar que en cierta medida la operación ‘sobra’ respecto del objeto pensado. Más aún, ese ‘no agotarse’ de la operación es indicado por Polo cuando la describe como *el ocultamiento que se oculta*¹³. Nótese que, precisamente por ese carácter sobrante, la operación cognoscitiva es capaz de dualizarse con un miembro superior: en este caso, el hábito intelectual. Es de esa manera cómo los hábitos cognoscitivos —y en concreto los hábitos *adquiridos*— *manifiestan* las operaciones intelectuales, que permanecían ocultas —sin tematizar— en su dualidad con el objeto intencional¹⁴. Por tanto, en la manifestación habitual, la operación deja de ejercerse metódicamente para considerarse temáticamente: el hábito tematiza la operación¹⁵.

no caer en el dualismo, se ha de tener en cuenta que la distinción entre los miembros de una dualidad es real y no mental (cfr. *Antropología*, I, 130-137).

11. Recuérdese que esta dualidad cognoscitiva es establecida axiomáticamente por POLO: “el axioma E establece la correlación del objeto con la operación: no hay objeto sin operación” (*Curso de teoría*, I, 31). Por esta razón —es decir, atendiendo a la dualidad—, el Axioma E tiene una formulación complementaria que POLO llama Axioma E’, y dice así: “no hay operación sin objeto” (*ibid.*, 32).
12. Con todo, el objeto intencional es el miembro superior en su dualidad con los fantasmas.
13. Cfr. *Curso de teoría*, II, 3ª ed., 102.
14. Estos hábitos se denominan *adquiridos* porque se añaden a la potencia intelectual perfeccionándola intrínsecamente. Así lo explica POLO: “la inteligencia ejerce una pluralidad jerárquica de operaciones. Dicha jerarquía sólo es posible si existe el conocimiento habitual adquirido, que es manifestativo de la operación y perfectivo de la potencia intelectual. En tanto que perfectivo de la potencia intelectual, el hábito permite el ejercicio de una operación superior” (*Curso de teoría*, IV/2, 141).
15. Entiéndase correctamente lo que se termina de indicar: la manifestación habitual requiere dos actos cognoscitivos, ya que el hábito sólo puede *tematizar* la operación si ésta es ejercida: la operación cognoscitiva sólo es real como acto ejercido. Ahora bien, el hábito tematiza la operación, la manifiesta, pero no la ejerce. El ejercicio de la operación —su índole metódica— equivale a su *commensuración* con el objeto, en la cual el hábito no se introduce.

Hasta el momento, se han mencionado dos dualidades cognoscitivas: la *conmensuración* de la operación con el objeto intencional y la *manifestación* de la operación cognoscitiva por el hábito intelectual adquirido. Mas si no se detiene la investigación y se sigue inquiriendo según el criterio de jerarquía, se tendrá que afirmar que los hábitos adquiridos no se dualizan exclusivamente con las operaciones intelectuales, o lo que es igual, que no se agotan en la dualidad llamada *manifestación* —en ésta interviene únicamente su dimensión metódica—, y, por tanto, también se tendrán que abrir a una dualidad superior. En ella los hábitos adquiridos son en miembro inferior; lo cual significa que son *tematizados* por un acto cognoscitivo superior, que es denominado hábito *innato*¹⁶. En concreto, en la *Antropología*, I, Polo llama a este acto cognoscitivo —del que dependen los hábitos adquiridos— hábito innato de *sindéresis*¹⁷. A la *sindéresis*, por ser “el *ápice* de la esencia del hombre”¹⁸ también se la puede llamar *yo*¹⁹. Por otra parte, la *sindéresis* es un hábito innato con una dualidad interna, que Polo denomina dualidad de *ver-yo* y *querer-yo*²⁰.

16. Los hábitos innatos se distinguen de los adquiridos porque su tema no tiene como precedente el conocimiento sensible (cfr. *Curso de teoría*, IV/2, 130). Asimismo, los hábitos innatos depende directamente del intelecto personal. Eso quiere decir que no se dualizan con la potencia intelectual, que es esencial (cfr. *Curso de teoría*, IV/2, 423).

17. *Antropología*, I, 160. Es conveniente destacar que el significado que da POLO a la *sindéresis* no se encuentra en la filosofía tradicional, pues según POLO al hábito innato de *sindéresis* le corresponde el conocimiento entero de la esencia humana, y no sólo el de la voluntad y lo voluntario. Es más, esta descripción de la *sindéresis* que POLO desarrolla en la *Antropología trascendental* no la encontramos como tal en sus escritos anteriores. Hay que hacer notar al respecto que en el *Curso de teoría* no aparece el hábito innato de *sindéresis*, por lo que allí se dice que los hábitos adquiridos dependen directamente del intelecto personal (cfr. *Curso de teoría*, IV/2, 370). Sin embargo, POLO no entra en contradicción en la *Antropología*, I, más bien, con el estudio de la *sindéresis* esclarece y eleva —tras una etapa de maduración— las indicaciones de sus escritos precedentes. Por otra parte, y como es sabido, el estudio pormenorizado de este hábito está pendiente de ser desarrollado por POLO en el próximo tomo de la *Antropología trascendental*, que está elaborando; por eso, no me detengo en este punto.

18. *Antropología*, I, 160.

19. Nótese que el *yo*, al ser esencial, no pertenece al orden trascendental humano: “el yo no es idéntico con la persona humana, sino el *ápice* de la esencia del hombre en tanto que depende de la persona” (*Antropología*, I, 160).

20. “En tanto que la potencia intelectual —así como sus operaciones y los hábitos adquiridos— dependen de la *sindéresis*, designaré al yo como *visión* o *ver*: yo significa *ver-yo*. A su vez, en tanto que la voluntad, sus actos y las virtudes morales también dependen de la *sindéresis*, designo al yo como *querer*: yo significa *querer-yo*” (*Antropología*, I, 160).

Aunque la exposición de los actos cognoscitivos que he realizado hasta el momento ha sido muy breve²¹, me parece suficientemente mostrada en las dualidades intelectuales *esenciales* la superioridad del método respecto de su tema: el acto cognoscitivo ilumina lo inferior a él *tematizándolo*. En este sentido, se puede afirmar que la operación cognoscitiva *presentifica* el objeto pensado, siendo éste *lo presente*: la presencia mental —acto intelectual operativo— es el método o modo de acceso intencional a la realidad. De esa manera es cómo la realidad conocida intencionalmente es tematizada en tanto que *objetualizada*; lo que corre, por así decirlo, a cargo de la operación mental. En mi opinión, se muestra así claramente la superioridad del método sobre el tema en esta dualidad cognoscitiva: el método penetra el tema, o expresado rigurosamente, la *presencia* mental *presentifica* la realidad²².

Sin embargo, cuando la presencia mental —operación intelectual— es conocida por el hábito cognoscitivo se tematiza en el modo de la *manifestación*; de esa forma, la operación deja de ser método para ser tema. El hábito tematiza la presencia mental *manifestándola*²³; he aquí su desocultamiento. La superioridad de los hábitos adquiridos, en este caso, es nítida. A su vez, los hábitos adquiridos son *suscitados* por el *ver-yo* —miembro inferior de la dualidad interna de la sindéresis—, y de esta manera se tematizan²⁴. Se vuelve a mostrar que el método penetra el tema, lo ‘domina’. En este sentido, se puede sostener que, tanto en el conocimiento operativo como en el habitual adquirido y en la sindéresis, los temas se subordinan al método, los temas *dependen* del método²⁵. En suma, el acto cognoscitivo como método

21. No es mi intención estudiar aquí las dualidades intelectuales de la esencia humana. Sirvan estas observaciones simplemente de guía para el estudio del hábito de los primeros principios y del hábito de sabiduría.

22. A mi modo de ver, desde aquí se puede explicar mejor la confusión en la que incurre la filosofía moderna al tratar el *apriorismo* cognoscitivo. Según POLO, el *apriorismo* del acto cognoscitivo no es un *apriorismo temático*, como postula la noción kantiana de categoría, sino exclusivamente *metódico*. En rigor, “lo *a priori* respecto de la intencionalidad es el acto” (*Curso de teoría*, II, 178). Con otras palabras, que la presencia mental sea *a priori* respecto del objeto intencional, esto es, que se conozca *según* la presencia mental, no implica una determinación temática del objeto pensado, o sea, la operación no introduce contenido temático alguno en el objeto. Esta última hipótesis es, sin más, una confusión entre lo que significa método y lo que significa tema, propia, según pienso, del apriorismo kantiano.

23. Cfr. *Curso de teoría*, IV/1, 91.

24. Cfr. *Antropología*, II, 24, *pro manuscripto*.

25. Con esto no se incurre en idealismo, pues la superioridad del método sobre los temas es metódica, y no temática: el método no genera contenido, ni tema ninguno. Ser conocida para la realidad es una denominación extrínseca. Ahora bien, la realidad sólo puede ser conocida desde un acto cognoscitivo —método—.

es el miembro superior de todas las dualidades cognoscitivas de la esencia humana.

Dejando a un lado ahora la dualidades esenciales, y siguiendo el camino ascendente de las dualidades cognoscitivas, Polo explica cómo la sindéresis se dualiza con el hábito innato de los primeros principios, y éste, a su vez, se dualiza con el hábito innato de sabiduría²⁶. Según Polo, el hábito de los primeros principios tiene como tema el conocimiento del ser extramental, es decir, los primeros principios metafísicos, que para él son: el acto de ser del universo —o persistencia—, la Identidad Originaria y la causalidad trascendental²⁷; mientras que el hábito de sabiduría²⁸ tiene como tema el acto de ser humano —co-existir²⁹—, o expresado de otra forma, tematiza los radicales de la persona humana³⁰.

Ahora bien, si en este punto intentamos estudiar las dualidades cognoscitivas trascendentales siguiendo el esquema de las dualidades esenciales, estimo que surgen dificultades, que en último término son insalvables. La principal es la siguiente: según el planteamiento de las dualidades intelectuales en el *Curso de teoría*, el método es siempre *superior* al tema. Sin embargo, con este criterio no se explican las distintas dualidades intelectuales expuestas en la *Antropología*, I, a saber, la dualidad del hábito de los primeros principios, del hábito de sabiduría y del intelecto personal; al contrario, si se mantiene la superioridad del método, las citadas dualidades trascendentales resultan aporéticas.

La razón es esta: por definición, los hábitos innatos dependen directamente del intelecto personal, o sea, del co-acto de ser humano. Pero en el

26. Aunque el hábito de sabiduría, el de los primeros principios y la sindéresis, son llamados *innatos* porque dependen directamente del *intelecto personal*, cada uno de estos hábitos es innato de distinto modo.

27. Como es sabido, estos tres primeros principios son expuesto por POLO en *El ser* y en *Nominalismo*; de ellos ya traté detalladamente en *Los primeros principios en Leonardo Polo. Un estudio introductorio de sus caracteres existenciales y su vigencia*, Cuadernos de Anuario Filosófico. Serie de Filosofía Española, nº 2, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1997.

28. El conocimiento sapiencial tiene en POLO un significado muy concreto: equivale al conocimiento del propio intelecto personal. En este sentido, su interpretación del hábito de sabiduría no coincide con en de la tradición filosófica.

29. Téngase en cuenta que el acto de ser humano se convierte con el intelecto personal; por eso, si el hombre existe en tanto que *co-existe*, el intelecto personal lo es en tanto que *intellectus ut co-actus* (cfr. *Antropología*, I, 119).

30. Los radicales de la co-existencia personal humana son cuatro: el *además*, la libertad, el intelecto y el amar (cfr. *Antropología*, I, 203-245). Nótese, por otra parte, que los radicales antropológicos se distinguen de los trascendentales metafísicos.



caso del hábito de sabiduría, el intelecto es justamente el tema que tiene que ser *alcanzado* —tematizado—. Entonces, ¿cómo se explica que un acto intelectual tenga como tema el acto del que depende?, o expresado de otra forma, ¿cómo se justifica que el hábito innato de sabiduría *tematice* el intelecto personal, si éste es superior?, ¿no será ésta una tarea imposible? Si seguimos la exposición del *Curso de teoría*, habría que decir que el intelecto personal como *tema* únicamente puede ser conocido por un acto intelectual superior a él —pues así sucede en las dualidades esenciales—.

Sin embargo, es fácil de comprobar que la tarea de iluminar —desde arriba— el intelecto personal excede por completo cualquier dimensión humana; puesto que si el intelecto se convierte con el co-acto de ser humano, sólo podrá ser iluminado por un acto cognoscitivo que corra a cargo, por tanto, de un ser distinto y superior al hombre. De tal modo que, en último término, sólo Dios podría conocer la persona humana. Ahora bien, si se lleva a sus últimas consecuencias esta postura, se muestra que es errónea: si exclusivamente es Dios quien puede conocer la persona humana, el hombre será siempre una *incógnita* para sí; lo cual equivale a instaurar la tragedia en sentido antropológico: vivir sin saber quién soy. Más aún, si se establece que el acto cognoscitivo tiene que ser *siempre* superior al tema, el hombre nunca podrá conocer, ni siquiera mínimamente, a Dios, pues éste excede por completo la intelección humana. En síntesis, si se afirma que el hombre solamente conoce con luces iluminantes *descendientes*, se tiene que sostener que tanto Dios como el propio intelecto personal sobrepasan el ámbito del conocimiento humano.

Por otra parte, similar dificultad se presenta en el hábito innato de los primeros principios: ¿cómo se puede conocer con un acto cognoscitivo innato, que no es acto de ser, un acto de ser extramental?, ¿no tendría que ser justamente el intelecto personal —ya que se convierte con el co-acto de ser— el que podría conocer un acto de ser inferior —en este caso, el acto de ser del universo—? Paralelamente, y en esta línea de consideraciones, si se atiende ahora al primer principio de Identidad también cabe plantear una dificultad similar: ¿cómo es posible conocer el acto de ser Originario con un acto cognoscitivo que no es originario? Si el hombre sólo cuenta con una intelección descendente, ¿el conocimiento del Origen no sería de suyo imposible? Y, por tanto, ¿la *metafísica* no sería, en rigor, una ciencia suprahumana?

A mi modo de ver, y por las dificultades que se terminan de indicar, parece nítido que no es posible justificar la dualidad metódico-temática de estos dos hábitos innatos si se aplica el criterio de las dualidades cognoscitivas esenciales, donde los actos intelectuales —el método— iluminan lo in-



ferior a ellos tematizándolo. Más bien, habrá que sostener que el hábito de sabiduría y el de los primeros principios son luces intelectuales que conoce lo *superior* a ellos. Así pues, aunque pueda parecer sorprendente, los actos intelectuales de nivel trascendental, es decir, los más altos, iluminan, no lo inferior, sino lo que es aún más superior a ellos. Por tanto, en estos actos no se habla ya de conocimiento como luz focal, o sea, de intelección descendente, sino de otro tipo de conocimiento.

En efecto, la superioridad en las dualidades del hábito de los primeros principios y del hábito de sabiduría no es del método, sino de los temas correspondientes; o dicho explícitamente por Polo: “los actos intelectuales esenciales —operaciones, hábitos adquiridos y hábito innato de *sindéresis*— son superiores a su tema. En cambio, el hábito de los primeros principios, el hábito de sabiduría y el intelecto personal son inferiores a su tema”³¹. Así pues, considero aclarado que estos dos hábitos innatos superiores ni *presentan* su tema —lo propio de las operaciones— ni *manifiestan* —característica de los hábitos adquiridos—, ni *suscitan* —como el hábito innato de *sindéresis*—³². ¿Cuál es entonces la índole metódica de dichos actos cognoscitivos? A continuación intentaré esclarecer esta cuestión en cada uno de estos dos hábitos innatos tomando como criterio la superioridad del tema sobre el método.

3. El hábito de los primeros principios

Según establece Polo, ya en sus primeras obras, el hábito de los primeros principios tiene como tema el acto de ser extramental³³, o lo que es igual, según este hábito se *advertien* los primeros principios³⁴. *Advertir* es el verbo que utiliza Polo para describir el modo en que este hábito innato abre o accede a su temática, es decir, *advertir* equivale a la índole metódica del hábito de los primeros principios³⁵. En consecuencia, y atendiendo a lo expuesto más arriba, se descarta que el valor metódico de la advertencia consista en una iluminación descendente: la advertencia se distingue netamente de la luz suscitante, manifestativa y presentificante; sería un grave error confundir estas iluminaciones.

31. *Antropología*, II, 24, nota 29, *pro manuscripto*.

32. Cfr. *Antropología*, I, 167-179.

33. Cfr. *El ser*, 2ª ed., 17.

34. Cfr. *El acceso*, 56-60.

35. Cfr. *El ser*, 67-76.

En este sentido, *advertir* es un acto cognoscitivo peculiar, que equivale a lo que Polo denomina *concentrar la atención*, o expresado de manera más llamativa: «advertir es el acto intelectual propio de la primera dimensión del abandono del límite mental»³⁶. Ahora bien, el valor metódico de la concentración atencional no se ‘impone’ o determina el tema conocido; más bien al contrario, se *concentra* la atención *según* el tema, esto es, el tema es justamente el que marca la dirección que ha de seguir el método; el método es guiado por el tema. Con esto se quiere decir que son precisamente los primeros principios extramentales los que reclaman la concentración atencional para ser conocidos como tales, esto es, según su *primariedad* y su *principalidad* extramental o metafísica.

Al ser los primeros principios trascendentales —superiores, por tanto, a un hábito innato³⁷— exigen que la concentración atencional se realice *según* ellos, o mejor expresado, que exclusivamente la atención se concentre en ellos. En este sentido, se puede decir que el acto de ser extramental es el que marca la dirección de su advertencia. Por el contrario, la atención no se concentra en el carácter *primordial* y *principal* de los primeros principios cuando se introducen en su intelección los objetos pensados. La razón es simple: los objetos pensados son *mentales* y los primeros principios son *extramentales*. Con otras palabras, si se objetivan los primeros principios se los está *presentificando* justamente en la medida en que se omite su índole real. Por ese motivo Polo denomina a la *presencia mental* el *límite* del conocimiento humano, pues ésta es exclusiva del conocimiento: la presencia no es una dimensión de la realidad³⁸. Por tanto, si los primeros principios se conocen desde la presencia mental, el método se impone a los temas, o lo que es igual, se introduce la *macla* objetiva de los primeros principios³⁹. En

36. Cfr. *El ser*, 216-225. Como es sabido, las cuatro dimensiones del abandono del límite mental se corresponden con distintos actos cognoscitivos, siendo todos ellos hábitos intelectuales. Así, la primera dimensión del abandono del límite mental se corresponde con el hábito de los primeros principios; la segunda dimensión se ejerce con los hábitos de la prosecución racional; la tercera dimensión corre a cargo del hábito de sabiduría; y la cuarta dimensión depende del hábito de *sindéresis* (cfr. *Antropología*, I, 111-120).

37. El hábito de los primeros principios no es un radical de la persona humana, ya que es inferior al intelecto personal. Éste último es el que se convierte con el co-acto de ser humano y, por tanto, sí que se denomina debidamente *trascendental* (cfr. *Antropología*, I, 179-182).

38. Esta tesis la formula POLO drásticamente diciendo que la presencia mental o “mismidad es la diferencia pura con el ser” (*El acceso*, 191).

39. Una exposición de la macla de los primeros principios se encuentra en *Nominalismo*, 188-212.



síntesis, si pensar significa conocer objetivamente, es decir, *presentar*, “la existencia no es pensable”⁴⁰.

Pero dejemos esta cuestión a un lado y sigamos profundizando en la dualidad metódico-temática del hábito de los primeros principios. Según Polo, la advertencia del acto de ser del universo se cifra en la advertencia de su *persistencia*⁴¹. El ser del cosmos es primer principio en tanto que *acto de persistir* o *comienzo puro*. Por esa razón, la *persistencia* exige de suyo que la concentración atencional se dirija estrictamente hacia la realidad extramental, abandonando cualquier mediación cognoscitiva esencial que limite su advertencia. En este sentido, se afirma que la temática metafísica se descubre atendiendo exclusivamente a la dirección real que marca la *vigencia extramental* de los primeros principios. Esto conlleva, por ejemplo, que la persistencia estrictamente considerada impida su suposición, es decir, desviar la atención hacia su contrario: el no-ser. Por eso Polo, al acto de persistir, también lo denomina *acto de ser no contradictorio*. Según esta indicación considero que se entienden mejor las siguientes palabras de Polo: “*la no contradicción es, y absolutamente nada más, la existencia —creada—*”⁴². A mi entender, es éste «absolutamente nada más» lo que significa «concentrar la atención según la dirección que marcan los primeros principios». De ahí que si la atención no se concentra exclusivamente según el ser extramental, se introduce algún otro elemento en su advertencia, o lo que es igual, la atención se dispersa o desorienta: al introducir una objetivación, en último término, la intelección se detiene. Pero, como bien dice Polo, “si hay algo que la advertencia no consiente, es detenerse”⁴³.

Repito: para no caer en una objetivación del ser extramental, se tiene que concentrar la atención según la *vigencia* de los primeros principios⁴⁴. En éste sentido, al advertir la *vigencia* de la persistencia con el Origen, “la actividad «acapara» la atención, y esto hasta el punto de que se llega a Dios en

40. *El acceso*, 335.

41. Cfr. *Curso de teoría*, III, 2ª ed., 263.

42. *El ser*, 185.

43. *Ibid.*, 235.

44. Como se ha sostenido, la objetivación del ser extramental conlleva su *presentificación*, es decir, la consideración del acto de ser como *algo*, *actual* y *presente*. A mi modo de ver, la presentificación se debe a la *prioridad* de la operación cognoscitiva sobre el objeto pensado; de ahí que la objetivación se deba excluir del conocimiento del acto de ser extramental, puesto que el ser —primer principio— no tiene *a priori*. Con otras palabras, en la presentificación cognoscitiva la *prioridad* de la presencia mental sobre el objeto pensado no deja lugar a la advertencia del carácter *principal* de ser extramental.

tanto que la advertencia de la actividad no se pierde⁴⁵. De esa manera es como la *actividad* de la criatura extramental es advertida en tanto que *creada*⁴⁶. En síntesis, la intelección humana se orienta hacia la Identidad Originaria guiada exclusivamente por la persistencia.

Por tanto, “advertir el acto es no dejar de considerar al acto como acto, no sustituirlo por la actualidad”⁴⁷, o sea, “referir los primeros principios a la realidad más allá de la presencia”⁴⁸. En caso contrario, la dirección de la atención correría a cargo del pensar y no de la realidad extramental, por lo que el conocimiento metafísico se anticiparía al tema, se introduciría la suposición objetiva⁴⁹. Pero el hábito de los primeros principios es acto cognoscitivo que *deja ser* a la realidad extramental⁵⁰; la concentración atencional se subordina a la temática, ya que son los primeros principios los que no toleran la detención atencional. De ahí que concentrar la atención signifique advertir *continuando* un tema. La atención no da lugar al tema, sino que se concentra *según* él. Por eso, *tema* como acto de ser extramental significa primer principio.

Según lo que venimos exponiendo, se puede definir ahora el hábito de los primeros principios como una apertura intelectual *hacia fuera*⁵¹, o lo que es igual, *fuera* de la persona equivale a *primero*, y por esa razón la concentración de la atención está dirigida por la temática que se advierte: los primeros principios no derivan de la persona, sino que la persona los conoce en la medida en que los *deja ser*. En este *dejar ser* se puede ver, en mi opinión, por qué Polo llama al hábito de los primeros principios *alteración*: “la *alteración* es una apertura hacia fuera posible por la *generosidad* de la persona, que es acto sobranante o *además*, co-existencia”⁵². Así pues, “la apertura de la

45. *El ser*, 241. La *vigencia* equivale al modo en que la persistencia —acto de ser del cosmos— depende del Origen —acto de ser divino—. Dicha *vigencia* equivale al principio de causalidad trascendental: la persistencia es *causar creado*, en ello estriba su dependencia respecto del Creador (cfr. *ibid.*, 226-228).

46. Cfr. JUAN A. GARCÍA GONZÁLEZ, «Sobre el ser y la creación», en *Anuario Filosófico*, 1996 (29/2), 603 y ss.

47. HÉCTOR ESQUER, «Actualidad y acto», en *Anuario Filosófico*, 1992 (25/1), 148.

48. IGNACIO FALGUERAS SALINAS, «Los planteamientos radicales de la filosofía de Leonardo Polo», en *Anuario Filosófico*, 1992 (25/1), 93.

49. Cfr. *Hegel*, 1ª ed., 391.

50. Cfr. *Antropología*, I, 123.

51. Cfr. *Ibid.*, 179.

52. *Ibid.*, 179. Nótese que el hábito de los primeros principios se denomina *alteración* por dos motivos; en primer lugar, porque el ser extramental se distingue del ser personal humano y, en segundo lugar, porque existen distintos primeros principios (cfr. *Antropología*, I, 123, 128, 179, 185). Por otra parte, recuérdese que para POLO la verdad de los pri-



persona hacia fuera no comporta que los primeros principios deriven de ella”⁵³. Si bien se mira, de aquí se deduce que la persona humana no comparece en la advertencia del ser extramental, sino que ‘permanece’ inédita —el hábito de los primeros principios se distingue del hábito de sabiduría—.

En la advertencia, la persona humana deja la prioridad completamente a los primeros principios extramentales, ya que por su carácter donal y generoso no ofrece ningún inconveniente para que *fuera* de ella exista la realidad principial. Pero entiéndase correctamente, ser *segunda* no le quita nada a la persona humana, sino al revés, por ser segunda *co-existe*. Más aún, justamente para co-existir con el ser de la criatura cósmica, a la persona humana le conviene que *fuera* signifique acto de ser como primer principio: sería daño para la persona que lo primero, el ser extramental, fuera consecutivo a ella⁵⁴. Por su parte, la co-existencia humana como acto de ser segundo es *radical*. Esto significa, entre otras cosas, que la co-existencia o co-acto de ser es de suyo apertura y, por tanto, no solitario ni único. Como repetidamente ha señalado Polo: *una persona sola es un absurdo antropológico*⁵⁵.

Así pues, considero que queda claramente mostrado que en la advertencia de los primeros principios la persona humana no se anticipa, en ningún sentido, al tema. Por esa razón se puede sostener, como hace Polo, que la “concentración atencional significa advertir *obedeciendo* al tema. La concentración de la atención no da lugar al tema, sino que se deja dirigir por él o según él”⁵⁶. Esto es diáfano en la advertencia del ser Originario: su insondabilidad e inabarcabilidad desborda por completo el valor metódico del hábito de los primeros principios. Queda establecido, por tanto, que en esta dualidad cognoscitiva el tema es enteramente superior al método. En suma, la concentración atencional es dirigida por el carácter inagotable de los primeros principios, hasta el punto de que Polo llega a sostener lo siguiente: “el conocimiento del ser no tiene término”⁵⁷.

Asimismo, en tanto que los primeros principios extramentales dirigen la concentración de la atención, la persona humana no se opone a la temática

meros principios estriba en la *alteración*, o dicho con sus palabras, “la verdad del hábito de los primeros principios reside en él, es decir, en la concentración de la atención. Pero eso no quiere decir que de esta manera se advierta la verdad de los primeros principios en ellos, sino que los primeros principios se advierten verdaderamente” (*Antropología*, I, 181, nota 45).

53. *Antropología*, I, 179.

54. Cfr. *Ibid.*, 179-180.

55. Cfr. *Presente y futuro*, 169.

56. *Antropología*, I, 181.

57. *El acceso*, 104.



advertida, pero tampoco forma parte ella; de ahí que la persona humana permanece inédita en la advertencia del ser extramental. Por consiguiente, tendrá que ser otro acto cognoscitivo, en concreto, otro hábito innato al que le corresponda la tematización del propio co-acto de ser humano.

4. El hábito de sabiduría⁵⁸

Como se ha mostrado, *advertir* los primeros principios equivale a concentrar la atención *según* ellos. Sin embargo, la advertencia de los primeros principios no agota la apertura intelectual de la persona humana: la persona no se abre solamente *hacia fuera*. Por lo pronto, porque de esa manera ella no se conoce, sino que queda inédita. De ahí que se requiera para conocer el propio intelecto personal otro acto cognoscitivo.

Según Polo, el hábito innato de sabiduría es el acto intelectual según el cual se alcanza la intimidad de la persona humana, o sea, la co-existencia, y por tanto, el intelecto personal con el que se convierte⁵⁹. La índole metódica de este hábito se define, siguiendo a Polo, como la *apertura solidaria* del carácter de *además*⁶⁰. Con esto se muestra que el hábito de los primeros principios —apertura hacia fuera— se distingue netamente del hábito de sabiduría —apertura hacia dentro—. En efecto, *alcanzar* la co-existencia es una apertura metódica distinta de *advertir* los primeros principios, ya que el hábito de sabiduría es el método que tiene como tema el *intelecto personal*, es decir, la radicalidad de la co-existencia humana. Trataré de mostrar a continuación la peculiaridad de la dualidad metódico-temática del hábito de sabiduría.

Mientras que la *concentración atencional* —o primera dimensión del abandono del límite mental— se pliega a su tema, lo *deja* ser, en el hábito de sabiduría o tercera dimensión del abandono del límite mental el método se *solidariza* con su tema. Esto significa que si la persona humana equivale al valor temático del carácter de *además*, en el hábito innato de sabiduría se cifra, por tanto, el valor metódico de dicho carácter. Como se puede apreciar claramente, en esta dualidad se cifra la mencionada *solidaridad* del hábito de sabiduría: el carácter de *además* se dualiza en método y tema⁶¹.

58. A continuación expongo el hábito de sabiduría ciféndome al desarrollo que POLO realiza de él en *Antropología*, I.

59. Cfr. *Antropología*, I, 124.

60. Cfr. *Ibid.*, 180.

61. Cfr. *Ibid.*, 212-215.

La concentración atencional es posible por la generosidad de la persona: una muestra de su libertad. En cambio, el hábito de sabiduría alcanza la radicalidad metódico-temática: la persona humana no puede ser temáticamente distinta del método con el que se alcanza. En este sentido, el carácter de *además* es una luz que no ilumina un tema distinto, no es una luz *iluminante*, sino una luz *transparente*. En el hábito de sabiduría el método y el tema son *solidarios*; si no lo fueran, la persona asistiría como un espectador a su propio conocimiento, es decir, se supondría respecto de él y, por consiguiente, quedaría ignota. Por eso, Polo dice que “la persona es *solidaria* con su propio alcanzarse”⁶².

En el hábito de los primeros principios la concentración atencional excluye la presencia mental, la objetivación del ser extramental. Ahora bien, el intelecto humano es supra-presencial: si bien la presencia mental es una dimensión cognoscitiva humana, el intelecto es enteramente superior a ella. Por eso se explica que el hábito de sabiduría —o tercera dimensión del abandono del límite mental— tenga como *punto de partida* la presencia mental, que es el acto intelectual inferior. A este tomar como punto de partida la operación cognoscitiva para elevarse al conocimiento del intelecto personal, Polo lo denomina *desaferrarse* de la presencia mental, o dicho de otra forma más llamativa: «el *desaferramiento* es el valor metódico de la tercera dimensión del abandono del límite mental»⁶³. Así pues, según lo expuesto en la *Antropología*, I, la *solidaridad* metódico-temática y el *desaferramiento* de la presencia mental son sentidos metódicamente equivalentes del carácter de *además*⁶⁴. La *solidaridad* metódico-temática es luz *transparente*, lo que comporta que el hábito de sabiduría sea *interior* a su tema.

Así pues, el carácter de *además* como insistencia en la apertura del intelecto personal equivale metódicamente a *transparencia*. Por eso se habla de *solidaridad* del método con el tema. Nótese, por tanto, que la tercera dimensión del abandono del límite mental también requiere, al igual que la primera, que el método sea dirigido por la superioridad del tema: en este sentido, el hábito de sabiduría es luz intelectual mantenida por la *transparencia* de la persona humana. De aquí que, su punto de partida es la presencia mental, de la cual se aleja o *desaferra*. Mientras que los hábitos adquiridos manifiestan la presencia mental o la desocultan, el hábito de sabiduría

62. *Antropología*, I, 182. Nótese que la primera y tercera dimensión del abandono del límite mental no tienen término: en la primera dimensión ello se debe a la continuación temática y, en la tercera dimensión, a que la persona no es exterior a su alcanzarse.

63. Cfr. *Ibid.*, 181-182.

64. Dicho explícitamente por POLO: “la tercera dimensión del abandono del límite equivale al hábito de sabiduría” (*ibid.*, 117).

parte de la presencia en tanto que se ‘suelta’ o ‘desliga’ de ella. También en esto se distingue del hábito de los primeros principios, el cual prescinde por completo de la presencia mental⁶⁵. Queda así mostrada, a mi modo de ver, la inferioridad del hábito de sabiduría respecto de su tema.

Alcanzar el co-acto personal equivale a *alcanzar* su propia *transparencia*: el *intelecto personal* es la luz penetrada de luz, o mejor expresado, es *intellectus ut co-actus*⁶⁶. El tema del hábito de sabiduría —el carácter de *además*— se alcanza según el sentido metódico del carácter de *además*: he aquí otra vez la denominada *solidaridad* del método con el tema: «la persona sólo se puede conocer íntimamente, si su método no es otro que su intimidad», porque, en caso contrario, la persona seguiría quedando inédita.

Pero entiéndase adecuadamente la mencionada *solidaridad* cognoscitiva: no se trata de que la persona se conozca reflexivamente, sino de que al ser ésta co-existencia abierta en intimidad, su conocimiento no puede distinguirse de su íntima apertura; por decirlo así, el método y el tema son dos dimensiones de una apertura, o como diría Polo, el hábito de sabiduría y el intelecto personal son respectivamente el valor metódico y el valor temático del carácter de *además*, esto es, el *además del además*⁶⁷. Ahora bien, la citada dualidad se distingue tajantemente de una interpretación reflexiva de la persona humana en términos de auto-conocimiento, precisamente porque la dualidad entre el método y el tema se mantiene: los dos miembros de la dualidad nunca llegan a identificarse; por eso, que el hábito de sabiduría sea solidario con su tema no significa que se confunda con él. Más aún, hablando rigurosamente, el hábito de sabiduría y el intelecto personal son dos actos cognoscitivos distintos, o sea, dos métodos distintos⁶⁸.

Así pues, según lo expuesto en la *Antropología*, I, con la índole metódica del carácter de *además* —o tercera dimensión del abandono del límite mental— se alcanza la persona humana —acto de co-existir— y, por tanto, los radicales personales. Por ello el *desaferramiento* de la presencia mental, de su constancia, se distingue de la *advertencia* del comienzo extramental, puesto que el acto de ser de la persona humana en tanto que *novum* también

65. A mi modo de ver, se muestra más claro ahora que si la presencia mental no es una dimensión de los primeros principios, sólo cabe desprenderse de ella para advertirlos.

66. Cfr. *Antropología*, I, 119. Repárese en que atendiendo a esta dualidad inherente del intelecto personal se establece su conversión con el co-acto de ser humano.

67. Cfr. *Ibid.*, 229-238.

68. Téngase en cuenta que la dualidad llamada *solidaridad* está formada por el hábito de sabiduría como método y el intelecto personal como tema. Esto significa que desde el hábito de sabiduría se deja al margen la consideración del intelecto personal como *método* y su *tema* respectivo, según se indica al final de este artículo.



se distingue de la persistencia. En congruencia con esto, la primera y la tercera dimensión del abandono del límite mental son claramente distintas: el hábito de los primeros principios se describe como *alteración* porque prescinde de la presencia mental al declararla completamente insuficiente para la advertencia del ser extramental; en cambio, la tercera dimensión del abandono del límite mental no prescinde de la presencia, sino que parte de ella.

Ser como comienzo puro o persistente equivale a primer principio *extra nihilum*; sin embargo, el carácter de *además* se alcanza partiendo de la presencia mental y, por ello, se describe como *novedad*. Desde aquí se comprende lo siguiente: a pesar de que la co-existencia humana también es creada, el sentido temático del carácter de *además* no se alcanza como *extra nihilum*, o lo que es igual, *además* de la presencia mental no comporta que la presencia equivalga a la nada. Más aún, atendiendo al *desaferramiento* se descubre que el carácter de *además* es creado porque se distingue de la Identidad Originaria, ya que la noción de punto de partida carece de sentido en el Origen. En este sentido, si se atiende al carácter de *además* como pura novedad, es decir, como puramente superior a su punto de partida —presencia mental—, se entiende mejor por qué Polo llama a eso *desaferramiento*. La no detención en el objeto conocido es el ‘alejamiento’, el *desaferrarse* de la suposición: así es como el carácter de *además* se aleja de su punto de partida —del límite mental— o no lo alberga⁶⁹.

La persona humana es temáticamente conocida en solidaridad con el método, pero no se identifica con él, pues es imposible que la persona humana sea originariamente idéntica⁷⁰. Esta carencia de identidad se muestra, entre otras consideraciones, con la distinción dual —y, por tanto, real— entre el hábito de sabiduría y el intelecto personal: el hábito de sabiduría es solidario con el intelecto personal, pero no son el mismo acto cognoscitivo. La solidaridad no comporta identidad ni, por su puesto, mismidad. Ahora bien, si el carácter de *además* sólo tuviera valor metódico, desaparecería su *solidaridad* con el tema, es decir, si *además* se toma sólo como método se introduce el límite mental, la detención. Sin embargo, gracias al carácter sobrante del tema y del método —ambos son *además*—, se explica la imposibilidad de término del conocimiento íntimo de la persona humana. Esto es justamente lo que significa ser *además* en términos intelectuales.

69. Obsérvese que justamente “la tercera dimensión del abandono del límite mental se distingue de las otras, porque *toma el límite mental como punto de partida*. Sin el límite mental el carácter de *además* no se podría alcanzar, pues precisamente en cuanto que puro añadirse a él no prescinde de él” (cfr. *Antropología*, I, 118).

70. Es tesis central de la filosofía de POLO asignar exclusivamente la Identidad Real al carácter Originario de la Existencia, es decir, a Dios (cfr. *El ser*, 263-265).

No obstante, el punto de partida de la tercera dimensión del abandono del límite mental no es su tema. Aquí, *punto de partida* significa que la coexistencia no se distingue, en primer lugar, de la nada. Éste es el sentido más estricto del *desaferramiento*: metódicamente el carácter de *además* no se detiene, puesto que precisamente el detenimiento, la constancia de la presencia mental, es el límite mental del cual se aleja. Por eso dicho sentido metódico no juega en la primera dimensión del abandono del límite, la cual prescinde de la presencia mental —que es humana— para advertir la persistencia, es decir, el comienzo *extra nihilum*. Así es como la persistencia exige para su tematización la concentración atencional propia de la primera dimensión del abandono del límite mental. Por su parte, la Identidad Originaria también se advierte sin una solidaridad temática, o sea, como insondable al concentrar la atención, ya que es obvio que el conocimiento humano del Origen no puede ser originario. Quedan así distinguidas tajantemente la primera dimensión del abandono del límite mental y la tercera.

Por otra parte, desde aquí se entiende mejor que la *precariedad* metódica del carácter de *además* —la imposibilidad de que sea método aislado del tema— resida en su no insistencia en el tema: si el valor metódico del carácter de *además* se separa del valor temático, si el método se examina en sí mismo, precipita como *consistencia*, o lo que es igual, sucumbe al límite mental: es entonces cuando la objetivación cognoscitiva se introduce. Ahora bien, adecuadamente considerada, “la *solidaridad* de método y tema evita esa precariedad: el tema *tira* del método; lo estira; es el *además del además*, no superpuesto a él, sino su subir, su alejamiento del punto de partida, su insistir”⁷¹.

Además como acto de co-ser no es un proceso gradual —pues entonces sería un proceso al infinito—, sino que ser *además* conlleva carecer intrínsecamente de identidad. Por eso, *además* insiste en *además* —solidaridad de tema y método—. Éste es su valor de hábito innato que cabe llamar *interno*, es decir, co-existencial: el tema dentro del método; un dentro atópico porque el método no es un lugar, y porque el tema *tira* del método⁷². En suma, la solidaridad metódico-temática se podría expresar diciendo que «el carácter de *además* es un *tema metodizado* y un *método tematizado*». Con todo, la superioridad es en último extremo del tema, del intelecto personal. Expresado con diferentes palabras: el hábito de sabiduría es interno al intelecto personal en tanto que el tema se alcanza. En atención a ello, también se ha descrito el tema como pura *transparencia*. La *transparencia tira* del método

71. *Antropología*, I, 196-197.

72. Cfr. *Ibid.*, 197.



haciéndolo *transparente*: así, la *transparencia* del intelecto personal se conoce según la *transparencia* del hábito de sabiduría.

La dualidad de la *transparencia* equivale a la intimidad intelectual humana, que carece de identidad; por eso la persona humana se denomina coexistencia e *intellectus ut co-actus*. Se alcanza el tema desde el interior del método y el método desde el interior del tema: “la *transparencia* no es temática si no es metódica, y no es metódica si no es temática”⁷³. La dualidad de la *transparencia* es apertura íntima, puro sobrar, intensidad intelectual por dentro: “es un método que es un tema y un tema que es un método”⁷⁴.

Por otra parte, es justamente desde la intimidad dual de la *transparencia* desde donde mejor se entiende que el intelecto personal se abra también hacia fuera; esto es, precisamente porque el intelecto humano es radicalmente apertura interior se abre hacia la realidad exterior, y así son posibles el hábito de los primeros principios, el hábito de *sindéresis*, los hábitos adquiridos y las operaciones *cognoscitivas* —ninguno de ellos tienen como tema al intelecto personal—. En rigor, cualquier acto *cognoscitivo* humano —por ser apertura— depende en último término del intelecto personal, que es la apertura trascendental; lo cual también quiere decir que los distintos actos *cognoscitivos* se pueden jerarquizar atendiendo a la intensidad de su apertura. Por enunciarlo así, a mayor acto intelectual, mayor apertura y, por tanto, mayor dependencia del intelecto personal.

En efecto, si *apertura intelectual* significa *transparencia* —en este sentido cualquier acto intelectual es *transparente: inmaterial*⁷⁵—, se debe sostener que el hábito de sabiduría es el hábito intelectual más abierto —ya que es solidario con la *transparencia* radical, llamada intelecto personal—. Por el contrario, en el resto de hábitos intelectuales la intensidad de la *transparencia* va disminuyendo, hasta llegar a las operaciones *cognoscitivas* que son, por así decirlo, *mínimamente transparentes*⁷⁶. Con otras palabras, mientras que el hábito de sabiduría es luz con luz interior —en tanto que mantiene la solidaridad con la *transparencia*—, los actos *cognoscitivos* inferiores son luces iluminantes —siendo el hábito de los primeros principios una iluminación ascendente y el resto iluminaciones descendentes—. Por

73. *Antropología*, I, 197.

74. *Ibid.*

75. Téngase en cuenta que la opacidad del conocimiento humano nunca se debe al acto *cognoscitivo*, sino al tema. Si nuestros actos *cognoscitivos* fueran opacos, no sería posible conocer. El conocimiento intelectual es de suyo *inmaterial*.

76. La operación intelectual se denomina *transparencia mínima* porque se oculta para destacar el objeto pensado. De hecho, al ser el ocultamiento que se oculta, la operación tiene que ser manifestada por un hábito.

tanto, desde aquí se muestra que cada acto intelectual ilumina de modo distinto en correspondencia con su tema respectivo. En suma, estimo que según lo expuesto hasta el momento se puede establecer la siguiente tesis de carácter general: «el mejor modo de estudiar el conocimiento humano se lleva a cabo desde la dualidad metódico-temática».

Sin embargo, llegados a este punto y antes de finalizar esta exposición, queda por realizar una ulterior pregunta. Teniendo en cuenta que el co-acto de ser de la persona humana se convierte con el intelecto personal —el conocimiento es un radical de la persona humana—, se podría preguntar: ¿cuál es el *tema* del co-acto de conocer humano? Pues no es aceptable sostener que el intelecto personal, si es acto cognoscitivo, o sea, método, no tenga tema propio; ya que, en rigor, la noción de acto cognoscitivo sin tema es contradictoria: conculca la dualidad metódico-temática del conocimiento humana. Más aún, sería tremendamente paradójico que la dualidad cognoscitiva, propia del conocimiento humano y tesis inicial de la que se ha partido en esta exposición, no se diera precisamente en el acto intelectual superior.

Ahora bien, en congruencia con lo dicho hasta el momento, esta pregunta no puede responderse desde el hábito de sabiduría, ya que le excede por completo: el hábito de sabiduría tiene como tema el intelecto personal, pero no el *tema* de dicho intelecto, ni al intelecto como *método*. Con palabras de Polo: “el carácter de *además*, como método, no alcanza el tema propio del *intellectus ut co-actus*”⁷⁷. Este último tema, en atención a las dualidades cognoscitivas, únicamente puede ser conocido desde la dimensión metódica del intelecto personal. Por otra parte, al alcanzar el intelecto como luz penetrada de luz, como transparencia pura, se ha de concluir que el tema del *intellectus ut co-actus* no es él mismo, ya que la pura transparencia excluye de sí la reflexión más que cualquier otro acto cognoscitivo.

Así pues, el tema propio del intelecto personal excede por completo el *abandono del límite mental* y, por tanto, todas sus dimensiones. No existe una quinta dimensión del abandono del límite mental que tenga como tema el tema del intelecto humano. Por tanto, debe decirse que dicho tema es *inabarcable por transcendente*. Si bien se mira, esto significa que la inabarcabilidad de tal apertura transcendente indica que la persona humana es creada en tanto que remite a Dios: la estricta *Transcendencia*.

Por consiguiente, tampoco el hábito de sabiduría agota la apertura intelectual humana, puesto que la apertura transcendente del intelecto personal excede la apertura de cualquier hábito. Por eso, al alcanzar —con el hábito

77. *Antropología*, I, 198.



de sabiduría— el intelecto personal, no se accede *al tema de este último*. Éste trasciende por completo la persona humana. Dicha transcendencia del tema propio del intelecto personal es enunciada acertadamente según Polo en la sentencia de San Pablo “conoceré como soy conocido”⁷⁸. Es patente que esta dualidad cognoscitiva trasciende al hombre: es un conocimiento de Dios en el que Dios da y revela al hombre el sentido radical de su existencia. Por eso la expresión se conjuga en futuro. En este sentido, Polo acuña la siguiente fórmula: “*el ser personal no es, sino que será*”⁷⁹. Por ese motivo, y para ser congruente con esta indicación futurizante, estimo que será mejor dejar para más adelante el tema que descubrirá la dualidad intelectual transcendente.

Salvador Piá Tarazona
Departamento de Filosofía
Universidad de Navarra
31080 Pamplona (Spain)

e-mail: spia@unav.es

78. *1 Corintios*, 13, 12; cfr. *Antropología*, I, 226.

79. *Antropología*, I, 235.